

XXV.

**E**STA carta había sido la última antes de la catástrofe que arrojó á Salustio al castillo San-Angelo y á la condesa con Regina á Francia. Hé aquí cómo el drama de amor se desenvolvió como todos, con penas y lágrimas. Regina me contó los detalles que Salustio, entonces preso, no podía escribirme.



XXVI.

**S**ALUSTIO, por medio del hermano de la nodriza de Regina, había hecho poner de su parte á un pobre jardinero de Transtever, pariente suyo, que cultivaba un jardincito de legumbres y árboles frutales bajo la misma muralla de la ciudad, que servía de cerco al recinto del convento de la Longara. Habiendo ordenado el gobernador á la condesa Livia retirarse á sus tierras de los Abruzzos, ó encerrarse en el claustro con su nieta, la condesa, secretamente de acuerdo con Salustio

y Regina, partió para los Abruzzos. Regina, á quien toda comunicación fuera del convento estaba en lo sucesivo severamente prohibida, fué advertida para que se preparase á volver bajo el dominio y á la casa del príncipe, tan pronto como llegase. Puede juzgarse, dada la energía y el indomable capricho de aquel carácter, el dolor que debió experimentar, la repulsión y la cólera, viéndose reducida á sacrificar á la vez á su abuela, á Clotilde, á Salustio, su libertad, su memoria, su amor, en una inmolación de sí misma. Escribió á Salustio, por mediación de su nodriza, estas dos palabras: «¡O la huida, ó la muerte, antes del día en que me arranquen de ti!»

Este día se acercaba. El príncipe\*\*\* había llegado. No pidió aún ver á la princesa. Deliberaba con sus amigos del Gobierno sobre el medio de traer por la dulzura y la

templanza á la obediencia á aquella imaginación de niña revoltosa. Salustio lo supo. Resolvió aprovechar aquel momento de indecisión del príncipe para sustraer á Regina de una tiranía que temía más que al puñal.



XXVII.

**S**ALUSTIO se procuró sucesivamente, y sin que se pudiese notar su acumulación en el jardín, cuatro ó cinco de esas largas escalas de madera ligera de las que los jardineros de Italia se sirven para podar las cepas y coger las uvas de entre los pámpanos, enlazadas y suspendidas á la extremidad de las ramas de las más altas parras. Las desarmó, puso aparte los escalones; ajustó y volvió á atar los montantes con fuertes cuerdas, y construyó una escala ligera, sólida, manuable, con ayuda de la que podía llegar

hasta lo alto de la muralla. Terminado este trabajo, hizo advertir á Regina por el hermano de su nodriza que él estaría á la noche siguiente, después que la luna se hubiera escondido, en la capilla, junto á la tumba de su hermana, y que encontraría la libertad allí donde había hallado el amor de su vida.

Ayudado por el jardinero y el hermano de la nodriza, cuya complicidad y silencio había comprado á precio de oro, á la hora convenida subió al muro, tiró la escala hacia sí, la hizo deslizar por la parte del paseo de los cipreses, bajó, fué á la capilla, encontró en ella á Regina y á la criada, las hizo franquear la tapia como la había franqueado él antes, y dejó á sus dos cómplices retirar, demoler la escala, y destruir de este modo toda señal de escalo y raptó en el jardín del complaciente transteverino. Uno de esos cochecitos de campesino romano, formado

de dos arcos de madera encorvada, y resguardado del sol por un pedazo de tela, les esperaba en el patio del hermano de la nodriza de Regina. Un vigoroso caballo salvaje de las lagunas Pontinas, comprado de antemano por Salustio, se hallaba atalajado á dicho cochecito. Regina se quitó sus vestidos de seda y tomó el de lana de una de las nietas de su nodriza. Salustio estaba cubierto por su vestido romano y su capa de lana oscura. Llevaba en los piés los zapatos de suelas de madera, y en las piernas las polainas de cuero negro de los aldeanos del campo Sabina. Llevaba tambien dos fusiles y una especie de trabuco cargado hasta la boca, entre la paja del carruaje, bajo sus piés. Los fugitivos, acompañados solamente de la nodriza, tomaron, cuatro horas antes de amanecer, el camino de las montañas, siguiendo lo mejor posible los menos frecuentados.

Gracias al vigor del caballo llegaron por la noche del siguiente día á la residencia de la condesa Livia. Esta, que les aguardaba á todas horas, no perdió un instante para gozar del regreso de su hija. Tenía todo preparado para la eventualidad de su huída. Un falucho español, fletado por los cuidados de su «fattore», aguardaba sus órdenes en Gaeta. Fueron allí á la mañana del día siguiente y se embarcaron para Génova, en donde la condesa advirtió por carta á su banquero que la preparase oro, un coche y un correo.

Los adioses de Regina y de Salustio, separándose de las dos fugitivas libertadas, no fueron más que un corto y feliz aplazamiento de su reunión y de su felicidad. Debían volverse á encontrar seis meses después en París. Pero como la huída de Regina habría pasado por un rapto si el nombre de Salustio

se hubiera mezclado en ello, este resolvió volver atrevidamente á Roma, como si nunca hubiese salido, mostrarse en los lugares públicos y en el teatro para desmentir así, con su presencia, toda participación en el acontecimiento del cual el público se ocuparía.



XXVIII.

**V**OLVIÓ, pues, á tomar la ruta de Roma por el mismo camino y en el mismo traje con que aseguró el rapto de Regina; pero, llegando por la noche al patio de la nodriza, halló en él una banda de «esbirros» que le aguardaban y apresaron antes que hubiese podido advertir su presencia. Ya las cartas de Regina y todas las pruebas de su participación en el rapto de la princesa, sorprendidas en su celda, estaban en manos de aquellos. Se le condujo al palacio del «Buon Governo» ó de la

policía, y, después de un corto interrogatorio secreto, fué encerrado en el castillo como un criminal de Estado.

De allí fué de donde, por intercesión de un sub-oficial suizo de la guarnición del castillo, envió á Génova, á la condesa y á su hija, la carta que estas me llevaron á su vez.



## XXIX.

**M**e reuní en Pont-de-Pany con la princesa y su abuela, pronto á acompañarlas allí donde la atención de un amigo de Salustio podía protegerlas contra su aislamiento. Después de un instante de deliberación con ellas, fué reconocido que su estancia en París, á la vista del nuncio, y bajo la acción de un gobierno ligado por relaciones de deferencia política y religiosa con la corte de Roma, tenía algunos inconvenientes y peligros. Resolvieron, atendiendo á mis indicaciones, salir de Fran-



cia y volverse á Ginebra por el camino de Dijón. En aquel país de neutralidad, aproximado á Italia por el Simplón y Milán, podían enviar más seguramente correos confidenciales á Roma, recibirlos y alcanzar con más aislamiento y seguridad la libertad de Salustio y la continuación del proceso que habían decidido sostener ante los jueces para debatir la validez del casamiento y recobrar su independencia.

Volvimos, pues, á tomar juntos el camino de Ginebra, cuyo viaje se realizó sin acontecimientos de ninguna especie.

Me dediqué, según su deseo, tan pronto como hubimos llegado, á buscar á orillas del lago una casa modesta, solitaria y de estancia agradable, donde aquellas dos mujeres, que deseaban quedar desconocidas, pudiesen pasar el tiempo más ó menos prolongado de su destierro. No encontré esta casa más que

á cierta distancia de Ginebra, en los alrededores de la linda ciudad de Nyon. Tenía dos ó tres piezas en el piso bajo, abriéndose sobre un prado plantado de tilos, y algunos cuartos pequeños en el primer piso para la condesa Livia, su hija, la nodriza y las dos mujeres que llevó de Nyon para servir las. Un cuartito, cuyos muros eran de abeto, encima de la casita de madera del jardinero, separado del cuerpo del edificio por un vergel, me sirvió de alojamiento. Aquella mansión, aunque pobre en apariencia, era deliciosa. El vergel se confundía, de la parte opuesta del lago, con un soto de castaños cortado aquí y allá por senderos naturales de arena, donde podía uno internarse hasta las montañas. Una fuente, descendiendo por un tubo de abeto, y corriendo por una espita de cobre, caía día y noche con diverso ruido modulado, según el viento, en un pilón de pie-

dra, adonde iban á beber las vacas y los pájaros. Delante de la fachada de la casa de la princesa, una columnata de troncos de abetos cortados y replantados con su corteza adelantábanse algunos pasos sobre la arena de un paseo, y recubría un tosco diván de madera, adonde se llevaban los cojines del salón y donde la condesa Livia pasaba todas las horas tibias del día con la nodriza.

El prado, que se inclinaba por una pendiente dulce, un poco más lejos no tenía su horizonte cortado más que por dos ó tres fresnos, jamás desmochados, que parecían salir de las olas del lago. Más allá de los fresnos la pendiente se precipitaba é iba á morir en los guijarros de la orilla, que las olas agitaban cuando había viento, con ese pequeño ruido de niños que juegan con piedras. Existía allí, al pie de un inmenso saúce

blanco, un banco de musgo entre las raíces del árbol, donde se veía, á la derecha y enfrente, Lausana, Vevey, Villeneuve, Saint-Gingolph, las gargantas del Valais y las innumerables cimas blancas de nieves eternas que sirven como de escalón al Monte Blanco. Regina hablaba allí conmigo sin cesar para preguntarme el nombre de esta montaña, el de aquella, el de la otra; si del otro lado de la nieve estaba Italia, después si se apercibía Roma desde lo alto de aquellas cimas, cuantos días y cuántas horas de marcha había, corriendo siempre, desde el pié de aquellos montes á la puerta del Pueblo. Veíase que su pensamiento no estaba fijo un solo instante con ella en esta deliciosa mansión, y que su alma franqueaba aquellas alturas, más pronto que los rayos rosáceos sobre las nieves, para ir á herir con continua aspiración los muros negruzcos del castillo de S. An-

gelo. No tenía seria inquietud por la suerte de Salustio, protegido en su calidad de extranjero, contra los castigos que hubiera podido alcanzar un romano; pero tenía esas impaciencias de la juventud, que cuenta por siglos sin vuelta y sin fin todos los minutos perdidos para la pasión.

No traté nunca de consolarla, inconsolable yo mismo por otra ausencia también; sabía, por precoz experiencia, que el papel de consolador, importuno, intempestivo, odioso, mientras que el dolor mismo no se quiera olvidar, no viene á ser agradable y dulce sino después que el dolor se ha amortiguado y se detiene ante el consuelo. Vivía lo más lejos posible de ella, dejándola á su propia voluntad, á sus sueños, á su soledad, á sus lágrimas, marchándome una parte del día por las gargantas del Jura, leyendo ó escribiendo aquí y allí algunos versos sobre

las brillantes escenas que tenía sin cesar bajo los ojos, y sentado solamente por la tarde junto á la pobre condesa Livia, cuyas horas trataba de distraer.

Me hice amar de este modo de Regina con una amistad familiar y confiada, mucho mejor que si hubiera llevado en mis conversaciones de cada instante con ella una oficiosidad y servilismo de complacencia como su belleza y bondad hubiesen podido inspirar á otros. No puedo decir estuviese deslumbrado con una belleza á la cual ninguna de las que yo había visto en Europa podía compararse. Miraba á aquella joven como se mira una llama en los matorrales durante el estío, admirando los visos del fuego, pero sin calentarse. Regina no pensaba que yo era joven; no sabía si era hermoso ó feo, hecho para rechazar ó atraer las miradas; sabía que era el amigo de Salustio, hé ahí todo. Este tí-

tulo la quitaba toda especie de encogimiento. Parecía haber vivido en la intimidad conmigo desde que conoció á Clotilde y amó á su hermano.



## XXX.

**I**NFORMÉ á Salustio, por medio de un oficial suizo conocido mío en Roma, de la residencia que había escogido para Regina y su madre durante su forzada mansión lejos de la ciudad Santa. Nos escribía por el mismo medio. Ignoro lo que decía á Regina en sus cartas; yo las veía leer y releer veinte veces al día, ora con saltos de alegría y esperanza en el jardín, ora con movimientos de cólera que parecían dirigirse al papel, y que le hacían por momentos arrojar las cartas al suelo y hollarlas bajo sus

piés. Entreveía en sus miradas y en sus palabras oscuras que le encontraba demasiado resignado á la separación y demasiado convencido de los miramientos que su mismo cariño hacia ella exigía al amante para su reputación y porvenir. ¿Qué le importaba á ella todo eso? Todo lo veía en él. Pero Salustio, que había vivido mucho tiempo en Inglaterra, tenía en el amor algo de sangre fría, la delicada reserva y el sentimiento casi religioso de conveniencia que distingue á aquella sociedad de regla y buen sentido. Era evidente que no quería por ningún precio ni aun por el de su vida, sacrificar el honor, el porvenir y la fortuna de Regina á su propia felicidad, si el proceso de nulidad de matrimonio pedido por sus abogados venía á restituirla á su marido. Entreveía yo confusamente algo de aquella delicadeza, quizás un poco tardía de su parte, en las cartas y

tristes palabras que recibía de él bajo el sobre de sus largas correspondencias á Regina y la condesa. Pero las de los procuradores y amigos de Livia no permitían dudar sobre la pronta anulación del matrimonio. Nada se opondría entonces á que Salustio recobrase su libertad y obtuviese á Regina de las manos de una abuela que veía en él otro hijo.

De esta manera había alternativas constantes de alegría loca y sombrías nubes en las facciones de Regina, según que el correo de Roma, dirigido á Nyon por un banquero de Ginebra llevase la esperanza ó la angustia á aquellos dos corazones. Los días de alegría, Regina quería correr toda la mañana conmigo por la arena del lago para esparcir su embriaguez en toda aquella hermosa naturaleza. Los días de tristeza huía de mí y se enfadaba como si yo hubiera sido culpable de las tergiversaciones de la suerte y de los